

## Los detalles de la fantasía



**La tal Julia de la que habla Rosa Montero en su libro no sólo es un personaje real, es mi suegra**

Robert Musil hablaba del "asco de relatar". Se llega al cansancio de narrar —sugiere César Aira— por el fastidio de tener que dedicarse a "la invención de los rasgos circunstanciales", es decir, tener que dar los datos precisos del lugar, la hora, los personajes, la ropa, los gestos, la puesta en escena, todos los servilismos que reclama lo narrativo. Se diría que un cierto cansancio se ha ido apoderando de Rosa Montero en los últimos años y así lo comenta en 'La loca de la casa', novedad editorial de estos días, un libro con fondo ensayístico y autobiográfico que discurre en torno al tema de la imaginación y de la pérdida de ésta, el miedo a perder la creatividad imaginativa de la infancia y madurar de forma patética.

"La imaginación es el único genio", decía Wallace Stevens. Precisamente porque es el único genio, la imaginación puede, si no andamos alerta, decrecer en intensidad a medida que vivimos. Son muchos, por ejemplo, los jóvenes que, si son imaginativos, crean mundos propios, contruidos normalmente a partir de sus lecturas, y se convierten en escritores. Pero también son muchos los que ven cómo más adelante, a medida que la intensidad imaginativa va descendiendo, se van acomodando a la realidad, lo que acaba llevándoles a una patética deriva, pues traicionan su imaginación.

Parece que un cierto fastidio y cansancio ha comenzado a provocarle a Montero todas esas tiranías a las que obliga lo que ella llama, en compañía de su admirado Aira, el detallismo de la fantasía. Esto la está llevando, como se ve en su último libro, a la creación de un renovado y muy interesante mundo propio, construido a partir de sus lecturas en un intento de crecer por encima del juego narrativo, tal vez consciente esta escritora de que no le

conviene nada hacerse adulta —el novelista tiene el privilegio de poder seguir siendo un niño, de poder ser un loco—, consciente de que, por pura paradoja, debe cuidar su imaginación narrativa ('la loca de la casa', llamaba Santa Teresa a la imprudente imaginación) a través del ensayo sobre la ficción. Todo esto hace que algunas de las páginas de su libro sean sorprendentes. Ya nos avisa de ello la contraportada, donde se nos dice que "la autora ha emprendido un viaje al interior en un juego narrativo lleno de sorpresas".

Claro está que para grandes sorpresas la que he hallado en este libro, pues como lector todavía no me he recuperado. Y es que habla Montero en la página 269 de una mujer "a la que vamos a llamar por ejemplo Julia" y que pertenece a la vida real pero a la que no ha visto nunca aunque conoce de ella una breve pero profunda anécdota que le refirió el escritor Fajardo, que a su vez se la había escuchado contar a la escritora Fernández Cubas. Lo asombroso del caso para mí —y no dudo que a Rosa Montero tendrá que sorprenderle saberlo, pero las cosas son como son— es que la tal Julia no sólo es un personaje real —aunque, al no conocerla personalmente, Montero ha tenido que inventar ciertos detalles de fantasía para el personaje y se ha inventado, sin saberlo, una casa que esa mujer no tiene en la vida real—, sino que es concretamente una señora que yo sé que vive en Palma de Mallorca, no en una tercera planta sino en una casa con patio mallorquín, junto al Convento de Santa Clara, y en fin, creo que es mi obligación incorporar nada menos que detallismo realmente realista —iyo, que no soy realista!— a la fantasía de Montero, es mi obligación decirlo ya de una vez por todas, sé que Montero no lo sabe y tal vez ni puede imaginarlo: Julia es mi suegra. Si yo tuviera que escribir sobre ella, no necesitaría inventarle detalles de fantasía a su personaje. Y es que tal vez nada hay más real que una suegra.